

ENTREVISTA

Colombia, un país en el camino: Conversación con Laura Restrepo

Elvira Sánchez-Blake
Cornell University

Laura Restrepo afirma que para los escritores colombianos no existe el síndrome de la hoja en blanco: "A mí los temas me llaman, me atropellan. En Colombia uno vive asediado de temas que reclaman. Tú sientes que tienes esta oportunidad única de ver aquello y si no lo agarras se lo va a llevar el viento demoledor del que hablaba García Márquez en *Cien años de soledad*". Pero al mismo tiempo que ella anhela plasmar la realidad que la circunda, las novelas de esta autora están protagonizadas por individuos nítidamente representados, personajes con una historia individual que comunican lo esencial del drama que vive la sociedad.

Laura Restrepo, periodista y escritora es autora de cinco novelas: *La Isla de la pasión* (1989), *El leopardo al sol* (1993), *Historia de una traición* (1986) transformada en *Historia de un entusiasmo* (1999), *La novia oscura* (1999), *Dulce compañía* (2000), y *La multitud errante* (2001). En esta conversación realizada durante el XII Congreso de Colombianistas en la Universidad de Illinois, Urbana-Champaign, (agosto de 2001), habló sobre su obra y sobre dos de los temas que más afectan a los colombianos, el narcotráfico y el desplazamiento, asuntos que profundiza en sus novelas, *El leopardo al sol* y *La multitud errante*.

Para Laura Restrepo, su última novela, *La multitud errante*, era un imperativo ético, significaba acompañar a estas personas en su caminar. Laura piensa que Colombia es un país en el camino: "la gente se echa a andar con gran audacia, no importa cuán grande es la masacre que deja atrás, siempre anhelando esa paz que nunca han tenido". En su novela la historia de esa gran colectividad de desplazados es la historia individual porque

a través de la novela la particularidad de cada historia adquiere un valor primordial.

ES: ¿Qué significa ser escritora actualmente en Colombia?

LR: Escribir en Colombia es un privilegio. Colombia es un país que invita al hecho de escribir porque es un país en muy buena medida inédito. Las historias te saltan; hay un reclamo por parte de la memoria colectiva, casi que te pide a gritos que escribas. Y no te estoy diciendo algo abstracto, sino de montones de gente que por las circunstancias específicas tienen que inventarse la vida día a día. No hay nada escrito, no hay nada garantizado. La gente se levanta a ver cómo va a vivir el día. Esa gente tiene historias muy intensas. No hay colombiano que no tenga una historia digna de ser contada. Por el solo hecho de que hay una Colombia oficial y tantas Colombias clandestinas y otras Colombias secretas, y tantas Colombias ocultas. Así que cualquier persona tiene más de una historia: la hoja de vida cuando pide trabajo, la que le cuenta a la mamá, la que le cuenta a los amigos y toda esa gente tiene una necesidad de sentir que su historia tiene eco, que se entrelaza con historias de otras personas para conformar un todo: esa historia, ya no la individual, sino la colectiva. En esa medida, la persona que vive en Colombia y que tiene la disponibilidad de recorrer ese territorio y de oír a la gente se va asediado con historias, porque esta es gente que necesita contar. El hecho de contar de alguna manera legítima lo vivido. Es una manera de darle sentido a lo vivido. Es como si las cosas flotaran un poco en el vacío hasta tanto que las cuentas. Es como si el solo hecho de contar, y más si eso es escrito, y más si eso es leído, empieza un proceso de

decantación, de lo que pareciera mera pérdida de energía o mera vivencia individual, para convertirse en una vivencia colectiva. Me parece que son momentos épicos los que se viven actualmente en Colombia y que es una oportunidad muy grande para una persona que escribe en Colombia. Hay siempre esa recompensa de que sabes que te leen con avidez, y con una avidez que va más allá de la simple lectura y de que a través de los libros tienes la posibilidad de servir de espejo para que la gente se vea a sí misma. Es un estímulo muy grande para un escritor sentirse parte de algo muy vital que está sucediendo. Es decir que la persona que escribe en Colombia no tiene síndrome de la hoja en blanco, especialmente si está abierta a lo que transcurre a su alrededor.

ES: ¿Los temas en tu obra reflejan tu experiencia como periodista?

LR: Antes de ser escritora, trabajé como periodista, y antes de eso, hice política durante muchos años y siento que en el proceso de escribir novelas pervive tanto la persona que hizo política como la periodista. El hecho de escribir pasa por dos fases, la de encerrarme por meses reconcentrada con mis apuntes y mis libros y el computador, pero también, pasa por meses andar afuera, de viajar, averiguar, preguntar, de meterme en las casas de la gente, de buscar. Eso tiene mucho en común con la tarea del reportero, que por ningún motivo dejaría de hacer, pero también con la política militante que hacíamos en ese tiempo, el de meterse en los barrios; estar siempre buscando a la gente, tratando de oírlos. El hecho de hacer libros es una manera de incorporar todos esos aspectos. Claro está que mis libros actualmente no son reportajes, son ficción, aún en los casos en que el o la protagonista sea un reportero o alguien que escribe una historia; ahí también se está haciendo literatura sobre la literatura, es decir que los reportajes son falsos. En mis obras, el reportero juega el papel del detective en el género negro, que es un invento también del escritor. Pese a que los reportajes son inventados, de todas maneras, detrás de las historias, si hay mucho trabajo de investigación, que me encanta hacer y que es como la cartera de donde saco mis libros.

ES: Dices que los temas te llaman y eso se aprecia en tu obra. Hay una representación de los conflictos que vive Colombia. En *El leopardo al sol* es el conflicto del narcotráfico desde una perspectiva humana. En *La novia oscura* está la prostituta en un campo de petróleo con todos sus implicaciones sociales. El componente político, la guerrilla está en *Historia de una traición*, *Historia de*

un entusiasmo, un libro en dos versiones, una anterior y otra posterior. En *Dulce compañía* el drama de la marginalidad y de la religiosidad popular. ¿Cómo te han llegado estos temas?

LR: Los temas te atropellan. Tiene que ver con tu angustia de ver sucesos de gran significación y la angustia que produce pensar que eso vaya a quedar en el olvido. Uno está asediado de temas que reclaman y de alguna manera sientes que tienes esta oportunidad única de ver aquello y si no lo agarras se lo va a llevar el viento demoledor del que hablaba García Márquez en *Cien años de soledad*. Pero al mismo tiempo que quiero plasmar la realidad que me circunda, aspiro a hacer novelas que estén protagonizadas por individuos nítidamente representados, personajes con peso individual, no caracterizaciones tipificadas.

Tampoco es mi interés reportar la realidad tal cual ella se presenta. En mis novelas aspiro que estén protagonizadas por individuos claramente delineados. Yo quiero historias de personas donde la colectividad está como un telón de fondo, pero donde el personaje o los personajes tengan un peso individual único, que sus acciones sean las suyas, que la coherencia que tengan en las diferentes acciones de sus vidas sea exclusiva de ellos. No me interesan personajes tipos para nada, yo pienso que esa es una diferencia con el reportaje. Lo ambiental me interesa mucho y lo busco como escenario, pero lo esencial son las historias de personas. Finalmente estás recurriendo a lo personal. A la única persona que conoces es a ti misma y siempre buscas en el arsenal de lo vivido para desentrañar las razones de los demás, cuáles son los mecanismos que llevan el ser humano a ser así o a ser de otra manera. Tienes que recurrir a tu experiencia y a la de seres a tu alrededor. La gente que te rodea aprende a tenerte miedo, porque sabe que tarde o temprano y aunque sea con otro nombre u otro color de pelo, va a parar a los libros.

ES: En *El leopardo al sol*, manejas un lenguaje que refleja el tipo de personajes que presenta la novela, además le das al drama una dimensión humana en forma multifacética, porque son tantos los personajes y tantas las posibilidades. ¿Cómo se forjó esta novela?

LR: *El leopardo al sol* fue una novela que tomó once años en escribir. Como todo colombiano el fenómeno del narcotráfico nos inquieta enormemente, y nos inquieta la idea de ir detrás de planteamientos que a la mayoría de nosotros nos resultan burdos, como son la guerra contra la droga, todas esas especies de consignas para

exterminar algo tan nocivo, pero que no tienen en cuenta las génesis, las raíces de lo que está sucediendo. ¿Qué le pasa a un pueblo tan profundamente metido en esa tragedia?, y ¿cuáles son los caminos que lo han llevado allá? Entonces, yo escogí una historia de la vida real, sucedida a mediados de los años setenta, que tenía que ver con los orígenes de la mafia porque me ayudaba a entender en qué momento una sociedad hasta ahora yo sentía muy desentendida del dinero, y en qué momento el dinero se vuelve el motor de nuestra sociedad. Esa seguramente es una pregunta que resultara curiosa para una persona que viva en los Estados Unidos donde el dinero está tan incorporado a su vida que es prácticamente invisible de tan presente. Para los colombianos eso no es así. Tiene una génesis muy precisa y está muy cercana en el tiempo.

Yo encontré una saga que venía sonando hace mucho tiempo en los periódicos de dos familias provenientes de dos tribus del norte del país que por caminos distintos pasan a vivir del contrabando en el norte de Colombia. Estas gentes siguiendo los rituales indígenas ancestrales se traban en una cadena de venganza en donde se cobran muerto por muerto, ojo por ojo, diente por diente. Se trataba de dos familias, los Cárdenas y los Blandeblanco, que con sus venganzas salpicaban de sangre los periódicos del país. Cada tanto aparecían asesinatos de uno de los miembros de cada clan. Eran asesinatos que dejaban muy perpleja a la gente porque eran hechos de manera muy ritual que no se entendían a raíz de esta peculiar concepción de los guajiros. Es así como se desarrollan ciertos rituales propios del narcotráfico, muy similares a los rituales sicilianos, y se produce una mezcla muy curiosa de leyes por parte estas familias que no eran conocidas, por ejemplo la ley del silencio. Las normas los pactos y las guerras de familia se mantienen hacia adentro y no se confiesa nada. Mi interés era ir desojando esa alcachofa y tratar de entender por qué hacían lo que hacían, y cómo el dinero era el factor novedoso allí que venía con el narcotráfico, las pilas de dólares que empezaban a acumular y que los metían debajo del colchón porque estamos hablando de esquemas muy pre-capitalistas. Cómo se despertaba una avidez de dinero que fomentaba la guerra y la venganza, y cómo la necesidad de mantener una guerra los llevaba a buscar más dinero por el camino del narcotráfico. Era un fenómeno muy insólito en una sociedad donde hablar de dinero era muy mal visto, y aún todavía. Pienso que eso está profundamente anclado en la sociedad colombiana, en

donde ser rico era visto como algo censurable y la especie de vergüenza que implica hacer despliegue de riqueza, porque contradice el principio muy cristiano y de *ser sobre el tener*.

Me tomó once años hurgar aquí, hurgar allá, entre Santa Marta y Barranquilla, que eran los sitios donde se habían apostado las trincheras de la guerra entre esas dos familias. Fue empezar a desentrañar esas peculiarísimas leyes que ya no eran las de la justicia como las conocemos nosotros, sino las leyes de la venganza, de "la sangre se paga con sangre", un fenómeno delirante y apasionante porque te remonta a épocas muy arcaicas, anteriores a la concepción de la justicia como la conocemos actualmente, en donde primaban acciones de venganza para regular una forma de vida. También había actos de nobleza como por ejemplo, no se puede asesinar a tu adversario por *interposita persona*. Es decir, el que mata tiene que hacerlo por su propia mano y con un medio similar al que utilizó su adversario en la muerte anterior. Se prohibía matar por la espalda; se prohibía matar mujeres y niños, o sea que la guerra quedaba circunscrita a los varones de la familia a partir de los trece años. Las fechas conmemorativas del duelo eran las utilizadas para las venganzas. Poquito a poco, y oyendo aquí y allá empecé a hacer un cuadro psicológico y cultural de la actuación de esa gente. Mario Puzo, el autor de *El padrino*, es la primera persona que se pone a analizar cómo se comporta la mafia siciliana tanto en Sicilia como en Chicago o Nueva York, pero eso es un trabajo de averiguar secretos. En este caso también, se trataba de investigar y conocer códigos morales que había que desentrañar. Finalmente, cuando la novela sale no aparece la historia de los Cárdenas y de los Blandeblanco. Me gusta que las novelas sufran un proceso de decantación en donde las partes del reportaje se van cambiando, complementando y ajustando. Lo mismo pasa con el lenguaje, que es un aspecto que me interesa muchísimo y que implica ir puliendo aquello, tratando de separarlo de la realidad, intentando conservar una enervadura a través de ciertas directrices que la realidad te da, pero montando sobre aquello una ficción que sea propiamente literaria. Así nació *El leopardo el sol* como una ficción montada sobre once años de investigación. El libro está narrado en dos niveles, por un lado están los narcos, los cowboys, y por otro lado, las personas que no tiene que ver, la carne de cañón, los que padecen el narcotráfico. Yo quería reflejar lo que se vive en el país, el noventiocho por ciento de la gente en el

país que no tiene nada que ver con esto, y sin embargo tiene el narcotráfico como su realidad inmediata y la violencia que se desprende de él que está permanentemente estremeciendo sus vidas.

ES: En *La multitud errante* presentas otra realidad, la de los desplazados, otro conflicto inmediato que está viviendo Colombia. En el primer capítulo me llamó la atención el siguiente pasaje:

Si yo pudiera hablarle sin romperle el corazón, se lo repetiría muy claro para que deje sus desvelos y errancias en pos de una sombra. Le diría, tu Matilde Lina se fue al limbo donde habitan los que no están vivos ni muertos.

Este fragmento revela la angustia de los que buscan a sus desaparecidos y desplazados, que son tantos en esa búsqueda incesante de un mejor lugar, de un futuro mejor. Cuéntenos un poco sobre este libro.

LR: El desplazamiento no es sólo el gran problema contemporáneo colombiano, sino que es el gran drama mundial. El drama de nuestros tiempos, son los millones de personas que huyen de la violencia, de las hambrunas, de los regímenes políticos adversos y que andan por los caminos del planeta buscando nuevos lugares donde afianzar la vida. Se trunca con un tema bíblico que viene desde la búsqueda de la tierra prometida. Porque no es sólo el huir de algo, es ese anhelo permanente de esperanza, de futuro, de trabajo de tierra, del lugar donde asentar los huesos: un tema tan viejo como la humanidad. En el Siglo XX, lejos de haberse solucionado, cada vez son más grandes las hordas que no hallan donde asentarse. En Colombia estamos viviendo este drama de manera muy intensa y además, de manera crónica. Una de las investigaciones previas a la novela tiene que ver con los desplazados, en este caso los habitantes del pueblo Santa María Bailarina, borrado por la violencia. Sucede, que a su vez, antes de haber poblado este pueblo ya habían sido desplazados en un momento anterior. Te encuentras así con los pueblos y barrios que se llaman la nueva esto, la nueva aquello. En Barrancabermeja estuve hablando con los habitantes de "La Nueva Lucero". Resulta que ya hubo algo que se llamó Lucero, que desapareció del planeta. Lo fundan en otro lado una y otra vez, siempre huyendo de la guerra y buscando un lugar donde la vida fuera posible empeñados en conservar su arraigo. La piedra fundacional de toda gran nación parte de un gran éxodo.

Este tema tenía para mí un gran atractivo, además es un imperativo actual acompañar a esta gente en su deambular. Era encontrar también la estética de esta gente en particular en su búsqueda y en su caminar. Colombia es un país en el camino. La gente se echa a andar con una gran audacia, con una gran valentía, no importa qué tan grande la masacre que deja atrás. Siempre hay un anhelo, un motor que mueve a la gente en busca de esa paz que no han tenido, ese lugar donde educar a los hijos, ese techo que perdure de generación en generación. Pero la novela es también una historia de amor. El personaje principal se llama Sieteportres que ama y persigue a una mujer, y se pierde en el tránsito de la guerra siguiendo su huella. Se encuentra con una segunda mujer, una extranjera. Ella se enamora de él en el proceso de ayudarlo a buscar a la otra. Se forma así un triángulo bastante obsesivo. Es de esta forma como se recorre la geografía del desplazamiento, a través de una historia de amor montada sobre la gran corriente de los desplazados. En el libro se da una inversión y es que Sieteportres no viene con el río de la gente desplazada, sino en contra de ella en busca de la mujer. Es una especie de contravía narrativa con el propósito de individualizar al personaje: su historia es única, él también hace parte de la multitud, él también está en el camino, pero él va en contravía.

ES: El libro es muy simbólico. Por ejemplo, la Virgen tiene un nombre muy curioso: "La Bailarina": ¿Existe una Virgen que se llama "La Bailarina"?

LR: Sí existe. Viene de la época Colonial. Son un tipo de tallas en madera de vírgenes con un quiebre en la cadera que les da una gracia a estas figuras, y se conocen como "las Bailarinas. Una de éstas es la que posee el personaje y es también la que le da el nombre al pueblo.

ES: ¿Y el nombre del personaje "Sieteportres"? Pienso que tiene una relación con la suerte.

LR: Yo quería un personaje sin nombre y que al mismo tiempo fuera uno de la multitud. El nombre lo tomé de un muchacho que conocí en un barrio de invasión. El tenía seis dedos en uno de los pies. La gente le decía "Veintiuno". El párroco prohibía que le dijeran así. La gente lo llamó entonces "Sieteportres". Entonces yo tomé este nombre y la misma situación para mi personaje. Al mismo tiempo el hecho de tener un dedo de más le da una dualidad: por un lado, el aspecto deforme y por otra, el aura un tanto sobrehumana dada su especificidad tan particular como es tener un dedo de más.